



Giovana Suárez Ortiz, *Colombianas en los años veinte: Pensamiento, asistencia, trabajo y lucha*, Bogotá: Editorial Universidad del Rosario, 2025. 372 pp.

Alicia Gomba Aibar 

Université Paris Nanterre/Panthéon-Sorbonne

 <https://doi.org/10.17533/udea.trahs.26.10>

En el siglo XXI el derecho al sufragio femenino sigue resonando como un punto de inflexión en las luchas colectivas de las mujeres. Sin embargo, para ningún país este proceso se desarrolló de manera lineal, ni tampoco fue el único objetivo de las mujeres activistas. A principios del siglo XX y tanto en América como en Europa, a muchas mujeres les parecía inútil acceder al voto antes que a la formación escolar, incluso priorizaban ocuparse de temas como la prostitución y la orfandad. Es necesario ubicar la historia del sufragismo en la cronología amplia de esfuerzos femeninos por la conquista de derechos y la mejora de sus condiciones de vida. Con este propósito, Giovana Suárez Ortiz analiza los objetivos mediatos e inmediatos de las mujeres colombianas precedentes a los derechos políticos.

El libro transcurre en torno a la segunda década del siglo XX, una época de crecimiento económico en la que los obreros de industrias y transportes sustituyen a los artesanos. La migración rural conforma las urbes de Bogotá, Medellín, Cali y Barranquilla. La concentración de prensa y de trabajadores en estas ciudades justifica que sean los escenarios de esta investigación. En un contexto de transformaciones urbano-laborales, y preocupados por el eco de los feminismos europeos, los periodistas e intelectuales defienden roles de género en acuerdo con una feminidad ascética (p. 17). Por otra parte, las experiencias femeninas difieren de este ideal hegemónico. La mayoría de las colombianas trabajan y cruzan la ciudad, conformándose en feminidades divergentes aun sin por ello abandonar sus responsabilidades domésticas. Retomando a Beatriz Potthast, Suárez señala que los roles de género latinoamericanos se caracterizan por el binarismo entre un ideal supremo de ama de casa, y una realidad social a menudo alejada de estos estereotipos (p. 8).

La construcción histórica del marianismo como rol de género en Colombia es la propuesta central del libro. Difundido desde el Vaticano en 1854, el culto católico a una Virgen María “inmune de toda mancha de culpa” también modeló el ideal de las

mujeres reales. Al igual que la Inmaculada Concepción, la mujer católica encarnaba un espacio teológico entre resistencia y redención, pero que conllevaba consecuencias socioeconómicas tangibles. El marianismo pensado por Suárez recuerda el equivalente laico del maternalismo político de Marcela Nari,¹ mostrando así que los discursos políticos y católicos se complementan en la construcción de las mujeres como madres de la nación. El marianismo funciona como una matriz transclasista que afectaba sin excepción a todas las colombianas sin por ello implicar una sumisión total. Al contrario: en los años 1920 las mujeres educadas, las implicadas en la beneficencia, las trabajadoras y las activistas políticas, enarbolaban el marianismo siendo conscientes de cómo les podía beneficiar (p. 50). Las mujeres “literatas” estaban en condiciones de usar su discurso como herramienta de poder en la prensa. A diferencia de los autores masculinos, difundían textos sobre sus experiencias domésticas: “También nosotras después de dormir a nuestros hijos y resolver el complicado problema de gobernar bien nuestra casa, reventamos verbo” (p. 91). La escritura venía con la posibilidad de autodefinirse, aunque conviene matizar el potencial “subversivo” que les otorga Suárez (p. 83) porque en la mayoría de las publicaciones prima el precepto mariano. El segundo grupo estudiado son los espacios de caridad transitados por benefactoras y beneficiadas. Las limitaciones del marianismo —imposibilidad de formarse o de trabajar fuera del ámbito doméstico— son consideradas como motores de realización personal en la beneficencia (p. 121) y sostienen la creación de asociaciones de ayuda mutua. En tercer lugar, las trabajadoras fueron tan atravesadas por el discurso mariano como por la alta demanda de trabajo manual. En Medellín llegaron a representar el 73% de la mano de obra, concentradas sobre todo en el sector textil. Sus demandas de mejores condiciones o de reducción de horarios usaban la feminidad mariana como aspavientos. Recordaban, por ejemplo, el peligro de volver a casa por la noche o de un estado de salud que impidiese procrear. Suárez explica que esta manera de presentarse de facto como mujer-madre llevó a anular la iteración discursiva de la mujer-obrera (p. 188). Resultaba irreconciliable superponer a la obrera como categoría de discurso, con la obrera de carne y hueso.² Por último, las colombianas activistas también usaron el filtro mariano para hacer oír sus objetivos legales y políticos. Este grupo social, como el de las literatas escritoras, estuvo conformado por mujeres educadas y de la élite. Pero también reúne perfiles alternativos como la socialista María Cano o la figura de la normalista. En general, todas aquellas a quienes los periodistas exclamaban: “¡Una intelectual decadente [...] ¡La bachillerona, la insoportable! ¡La espiritista, la librepensadora!” (p. 244). Por tanto, uno de los aportes historiográficos centrales del libro es la demostración de una coexistencia de estrategias espontáneas de rebeldía y luchas organizadas por los derechos político-civiles.

La autora desarrolla, a la par, una historia intelectual de la feminidad mariana transclasista y su apropiación en movilizaciones colectivas femeninas. Se trata de visibilizar cómo las mujeres reorientaron estratégicamente un discurso restrictivo hacia un amplio

1. Marcela Nari, *Políticas de maternidad y maternalismo político, Buenos Aires (1890-1940)* (Buenos Aires: Biblos, 2005).

2. Ann Farnsworth-Alvear, *Dulcinea in the Factory: Myths, Morals, Men, and Women in Colombia's Industrial Experiment, 1905-1960* (Durham: Duke University Press, 2000).

rango de ambiciones previas a la obtención de derechos políticos. La actividad de autoras y cronistas visibilizaba realidades femeninas íntimas, a veces opuestas a la hegemónica. “La mujer que no sepa vengarse no es mujer [...] A pesar de todo, yo sigo siendo mujer, con todas las pequeñas pasioncillas y los defectos que caracterizan nuestro sexo”, afirmaba una antioqueña bajo el seudónimo de Dama Negra (p. 101). Las autoras seleccionadas por Suárez atrapan por su contenido histórico, pero también poético, aportando así a la historia de la literatura colombiana femenina (p. 103). Por otra parte, los proyectos de la beneficencia social permitieron la profesionalización de mujeres en trabajo social, enfermería y enseñanza. Se toma el caso de las Marías (1910), filial femenina del Círculo de Obreros de Bogotá administrada por damas de la beneficencia. Este colectivo creó una suerte de narrativa de la obrera católica a medida que se educaba, se albergaba y se vestía con recato a la obrera para alejarla de cualquier sospecha de promiscuidad o prostitución (p. 151). Era necesario extender la ascética femenina del hogar hasta el espacio laboral, asentando una idea del trabajo femenino abnegado y sumiso. La beneficencia católica hacia las obreras coexistía con protestas espontáneas como la huelga de Bello de 1920. La cobertura mediática de *El Espectador* revela como las huelguistas iteraban su feminidad intachable en la formulación de demandas. Aunque Betsabé Espinal pasó a la historia como única líder, Giovana Suárez recupera el colectivo y da voz a muchas de las huelguistas que participaron en el comité, se dirigían a la prensa y reclamaban el uso de calzado. Con el caso de las colombianas activistas se recuerda el uso estratégico de objetivos mediatos e inmediatos. Cuando en 1923 los derechos civiles femeninos fueron negados por la Cámara de Representantes, se empezó a abogar por el acceso a la educación secundaria. Estos reducidos grupos de mujeres contaban con las primeras ilustradas populares (p. 257), maestras formadas en escuelas normales y que lograron el acceso a la educación secundaria en 1928. El acceso a la educación fue un objetivo mediano, según imprimió Hogar y Patria en 1935: “Antes que el derecho al sufragio para la mujer, aspiramos a que se le abran las puertas de las Universidades” (p. 276). De este modo, Suárez rectifica la cronología del derecho al sufragio en un marco más amplio aupado por los reclamos de acceso a la universidad.

Esta investigación se sitúa en el marco de los estudios de género, al analizar la historia de la función normativa y social de los roles de género, así como las posibilidades de autorreconocimiento individual de las colombianas. Para estudiar a la par cuestiones de imagen social y de experiencia íntima, el libro recurre a las herramientas de la enunciación foucaultiana y a la corporización de Judith Butler. En las múltiples iteraciones del marianismo, las colombianas volvían performática la distinción entre lo privado y lo público (p. 33). Suárez combina una minuciosa metodología de análisis de estudios literarios y filosofía para estructurar su investigación histórica. El resultado dinamiza la historiografía de las mujeres en Colombia. Los trabajos fundadores sobre sufragismo,³

3. Lola G. Luna, *El sujeto sufragista, feminismo y feminidad en Colombia: 1930-1957* (Cali: Ediciones La Manzana de la Discordia/Universidad del Valle/Centro de Estudios de Género, Mujer y Sociedad, 2004).

sociohistoria de las trabajadoras textiles,⁴ acción política femenina⁵ o asistencia social,⁶ remontan todos a casi dos décadas. Aunque el interés renovado por la historia de las mujeres colombianas se hace visible en los artículos publicados,⁷ pocos libros se dedican exhaustivamente a este tema.

Esta es una investigación ambiciosa que se apoya en recursos originales como los primeros largometrajes colombianos (pp. 68 y 174) y hace dialogar una literatura variada, desde *Los Negroides* de Fernando González a Vita Sackville-West (pp. 98 y 218). Sin embargo, la solidez metodológica del libro procede de las fuentes más clásicas de hemeroteca: desde revistas femeninas especializadas hasta extensos diarios nacionales como *El Espectador* y *El Tiempo*. No obstante, la calidad histórica del libro ganaría al situar con mayor precisión la especificidad de cada fuente primaria, así como el consiguiente proceso de selección y de análisis (p. 41). El período elegido también se prestaría a dialogar con las lecturas feministas del Estado-Nación, del trabajo reproductivo y de la esfera pública.⁸ Las corrientes intelectuales hegemónicas como el higienismo son mencionadas muy entrada la lectura (p. 140), aun siendo la cuestión social una preocupación mayor en las decisiones del gobierno y la Iglesia. Estas temáticas de historia social estabilizarían la narrativa, que en ocasiones se confunde en ires y venires al situar las experiencias femeninas locales en el marco de la construcción nacional (pp. 127 y 167). Con todo, este trabajo ambiciosamente panorámico sugiere modos novedosos de hacer historia política y social de las mujeres en Colombia, que profundicen la variabilidad de experiencias del marianismo en función de la clase social o según las evoluciones temporales.

Los cruces metodológicos y temáticos innovadores evitan que esto sea una monografía sobre “Colombianas” de límites difuminados. Reparar en la conformación del marianismo en Colombia aclara cómo se sostienen las representaciones de género aparentemente contradictorias —Eva o María, casta o pecadora—. En cada iteración del marianismo se articulaban diferentes grados de confinamiento doméstico y de desarrollo personal. Apoyadas en esta feminidad genérica, las mujeres ampliaban circuitos (p. 145) en los que la autora esboza la actividad de perfiles históricamente silenciados como las obreras, las migrantes campesinas, las prostitutas y las empleadas domésticas.

4. Luz Gabriela Arango Gaviria, *Mujer, religión e industria: Fabricato 1923-1982* (Medellín: Universidad de Antioquia/Universidad Externado de Colombia, 1991).

5. Rafaela Vos Obeso, *Mujer, cultura y sociedad en Barranquilla, 1900-1930* (Barranquilla: Fondo de Publicaciones Universidad del Atlántico, 1999).

6. Beatriz Castro Carvajal, “La relación entre el Estado y la Iglesia Católica en la asistencia social colombiana: 1870 – 1960”, *Sociedad y Economía* 1.20 (2011): 223-42.

7. Daniela Santos Cárdenas, “Faldas por pantalones: las obreras, la brecha salarial, y el sindicalismo femenino en la industria en Colombia en 1945” (Documentos CEDE, Universidad de los Andes, 2017); Roger Pita Pico, “La inserción laboral de las mujeres en el servicio telegráfico en Colombia: 1865-1920”, *Trashumante. Revista Americana de Historia Social* 26 (2025): 200-222.

8. Véase por ejemplo Nancy Fraser, «Rethinking the Public Sphere: A Contribution to the Critique of Actually Existing Democracy», *Social Text*, 25-26 (1990): 56-80; María Himelda Ramírez Rodríguez, “El Trabajo Social, el feminismo y la modernización en Colombia, (1936-1986)” (Ponencia en la Universidad de Zaragoza, 2011); María Inés de Torres, *¿La nación tiene cara de mujer? Mujeres y nación en el imaginario letrado del siglo XIX* (Montevideo: Arca, 1995).